

Y cual segundo venerable templo  
De Dios te hayan los justos adorado,  
(Que tal, oh Virgen Madre, te contemplo,  
Y el cielo como á tal te ha celebrado)  
Dirás al Hijo de tu amor que al cielo  
Ya anhelas encumbrar tu amante vuelo.

»Él, por henchir aquella ilustre silla  
Que en sus hombros sustentan serafines,  
Y elevar en eterna maravilla  
De tu beldad los sabios querubines;  
Oirá tu petición blanda y sencilla,  
Y desde sus magníficos jardines,  
«Paloma, te dirá, paloma pura,  
»Ven á mi pecho de inmortal dulzura.»

»Y yo, Señora, bajaré contento  
Á darte la gloriosa legacia  
De corona ceñido y ornamento  
Que mi placer anuncie y tu alegría:  
Y, cual sol el diáfano elemento,  
Vestiré de luz nueva el claro día,  
Trayéndote una palma de victoria,  
Señal festiva de perfecta gloria.

»¡Oh cual te bañarás en regocijo  
Y en saludables ondas de consuelo,  
Cuando contemples que tu amado Hijo  
Te quiere ya llevar consigo al cielo!  
Un breve espacio te será prolijo,  
Y pesadumbre el habitar el suelo;  
Mas darás cuenta de ello á tus devotos  
Que vendrán á ofrecerte aquí sus votos.

»Y trayendo aromáticos olores,  
Bálsamos puros y pebetes finos,  
Este aposento llenarán de flores,  
Y cercarán de adornos peregrinos.  
Albos cirios con bellos resplandores  
Encenderán los aires cristalinos,  
La casa de la Aurora bien nacida  
Aparejando al Sol de eterna vida.

»Tu lecho santo ceñirán piadosos,  
Pendientes de tus ojos soberanos  
Y atentos á tus labios milagrosos,  
Los nuevos fidelísimos cristianos:  
Suspiros de sus pechos amorosos,  
En actitud de orar juntas las manos,  
Despedirán, y lágrimas dolientes  
De sus pupilas brotarán ardientes.

»Enternecida tú, con faz serena  
Y dulcísima voz de blando pecho  
Consolarás su noble y justa pena  
Desde tu virginal y humilde lecho;  
Estando así de gloria augusta llena  
Y de luz clara el camarín estrecho,  
No siendo los apóstoles llamados  
Se hallarán á tu muerte congregados.

»Recibirás en verlos alborozo  
Y ellos muy mucho regocijo\*en verte;  
El alma tuya se henchirá de gozo  
Y de pena sus almas por perderte.  
Los que han hecho en Babel fiero destrozo,  
Y al abismo han postrado y á la muerte,  
Tristes se afligirán de ver la tuya,  
Preciando mas tu vida que la suya.

»¡Cómo allí les dirás dulces razones  
Blandas, benignas, cariñosas, tiernas!  
¡Cuánto regalarás sus corazones,  
Victorias prometiéndoles eternas!  
Tu aliento maternal, las efusiones  
De tus entrañas de piedad maternas  
Beberán ellos, de tu voz colgados  
Y de tu amable hechizo arrebatados.

»Una música en tanto deleitable,  
Dulce conciento y blanda melodía  
Elevará tu rostro venerable  
Y mente sacra en célica alegría;  
Y ya templado el júbilo admirable  
Y suspendido el canto y armonía,

Mostrará con suavísima clemencia  
 El Hijo tuyo su inmortal presencia.  
 »¡Cuál, oh placer, tu noble entendimiento  
 De hermoso resplandor será bañado,  
 Á mas que celestial conocimiento  
 De la Esencia divina sublimado!  
 Y de este inimitable pensamiento  
 Un tan subido amor será causado,  
 Que á la vida mortal su ardor exceda,  
 Y no en cuerpo mortal sufrirlo pueda.  
 »Tu ánima noble acogerá en sus brazos  
 El Verbo concebido en tus entrañas,  
 Y ella sin cuerpo extenderá sus lazos  
 Con otras formas de abrazar extrañas;  
 Él tambien le dará dulces abrazos.  
 (Oye, que así tu gran dolor engañas.)  
 Tu cuerpo esconderá la tierra fría,  
 Pero vendrá dichoso el tercer día.  
 »El alba entonces bordará de flores  
 El prado y de arreboles el oriente;  
 Su lengua pulirán los ruiñeñores;  
 Espejarán las aguas su corriente;  
 El aire se ornerà de resplandores,  
 Y el mismo sol de luz mas excelente,  
 De suavidad la tierra y de consuelo,  
 Y de rico placer y fiesta el cielo.  
 »En esta, pues, aurora deleitable  
 Tu ánima pura al cuerpo generoso  
 Será unida por modo inexplicable,  
 Y nuevo sér le infundirá glorioso,  
 Belleza eximia, agilidad notable,  
 Luz que al planeta ofusque luminoso,  
 Impasibilidad y sutileza  
 Sobre toda mortal naturaleza.  
 »De la tumba saldrás resucitada,  
 Oh Vírgen, y los ángeles atentos  
 En música conforme y regalada  
 Tañerán los suaves instrumentos;

Y en procesion alegre y concertada  
 Rasgarán los mas puros elementos;  
 Otros muchos tu fiesta celebrando,  
 Tu gloria viendo, tu valor cantando.  
 »Algunos tomarán cuerpos lucidos  
 Y ropas varias de preciosos trajes,  
 Y de coronas y beldad ceñidos  
 Te servirán de cortesanos pajes:  
 Otros en largas huestes divididos  
 Con militares nítidos ropajes,  
 El viento con clarines asordando,  
 Simulacros de guerra irán formando.  
 »Y otros en carros rápidos, triunfantes,  
 Rompiendo el aire con doradas ruedas,  
 Irán gallardos, correrán pujantes,  
 Oro esparciendo y arrastrando sedas;  
 Y otros, al verde mayo semejantes,  
 Dulces fuentes, floridas alamedas  
 Fingirán del diáfano elemento  
 Que sirvan al camino de ornamento.  
 »Y tú, Señora, como reina clara,  
 Para que el cielo alegre mas se illustre,  
 Con blando rostro y con nobleza rara  
 Darás á la gran fiesta inmenso lustre:  
 Mas porque mucha pompa le faltara  
 Faltando á la sazón el Verbo illustre,  
 Cercado bajará de serafines,  
 De guirnaldas ceñido de jazmines.  
 »Á tu presencia llegará gozoso;  
 Sus tiernos brazos á tu lindo cuello  
 Echará, de estrecharlo deseoso,  
 Y entonces sin dolor bien podrá havello.  
 ¡Qué nudo, oh Vírgen Madre, tan gracioso,  
 Para él tan dulce, para tí tan bello!  
 ¡Qué beso tan recíproco y suave!  
 El mismo Dios que lo dará lo alabe.  
 »Así, arrimada la derecha mano  
 En aquel hombro que sustenta el cielo,

Y tu pecho á su pecho sobrehumano,  
 Irás con régio, pompeante vuelo;  
 Y subida al alcázar soberano,  
 Do asido á la verdad vive el consuelo,  
 Abriéndose las puertas de la gloria,  
 Le henchirá el resplandor de tu victoria.

»Y del trono á los santos descubierto  
 Sonará en dulce y apacible canto:  
 ¿Quién es esta que sube del desierto  
 Con tanta luz y fiesta y gozo tanto,  
 Y viene al deleitoso empíreo huerto  
 Tiernamente apoyada al Hijo santo,  
 Como el aurora bella y refulgente,  
 Como la luna y como el sol luciente?

»Así estarán los ángeles cantando,  
 Y tú las jerarquías excediendo,  
 Irás las mentes sabias elevando,  
 Y las almas gloriosas encendiendo:  
 Tus inauditas gracias admirando,  
 Y luz de tu belleza recibiendo,  
 Arcángeles, querubes, serafines,  
 Alfombra querrán ser de tus chapines.

»Serás, en fin, del Padre recibida  
 Como Hija, y del Hijo como Madre,  
 Y del divino Espíritu admitida  
 Cual su Esposa, y cual Hija de tal Padre;  
 Y porque á Hija y Madre tan querida  
 Y á Esposa tal el ornamento cuadre,  
 Hijo, Padre y Esposo en tu cabeza  
 Pondrán corona de imperial grandeza.

»Espléndidas estrellas inmortales,  
 Girando en rededor con donosura,  
 Harán corte á tus sienes virginales,  
 Y luz recibirán de tu hermosura;  
 Y por chapines á tus piés reales  
 Tendrás la antorcha de la noche oscura,  
 Y por vestido el sol y gloria inmensa,  
 Y volcanes de amor de llama intensa.

» Junto al sublime Emperador eterno  
 En magnífico solio de eminencia  
 Regirás á tu arbitrio su gobierno,  
 Intercesora de eficaz clemencia,  
 Respetada en la altura, en el infierno  
 Temida por tu fuerte prepotencia,  
 Adorada en el globo de los hombres  
 En templos mil y mil bajo mil nombres.»

Fray Diego de Hojeda.

LOS PADRES DEL LIMBO ENTONANDO Á LA VÍRGEN MARÍA EL «AVE MARIS STELLA» (1)

Un cántico de gracias á la hermosa  
 Que trajo al mundo al Capitan divino,  
 Que, debelada ya la culpa odiosa,  
 Se acerca á embellecer nuestro destino....  
 No pudo continuar porque le acosa  
 La voz de aquel senado peregrino,  
 Que desatada en cantos seductores  
 Repite de María los loores.

Ave, Estrella del mar, graciosa y pura  
 Alma, Madre de Dios, nuestro consuelo,  
 Vírgen de inmaculada donosura,  
 Puerta feliz del suspirado cielo.  
 ¡Oh, cuánto alivio la Señora apura  
 Cuando oye aquel cantar! Calma su anhelo  
 De modo que Juan piensa que divisa  
 De su Madre en el labio una sonrisa.

Pero de pronto pásmanse los senos  
 De la oscura mansion: el ángel santo  
 Que guardaba la puerta con serenos  
 Ojos, do brilla celestial encanto,  
 La espada esconde: de armonía llenos  
 Percíbense los ecos de otro canto,  
 Y una luz divinal el limbo pinta  
 Con indecible inusitada tinta.

(1) Damos aquí este precioso fragmento del poema *La Virgen de los Dolores*, que no tuvo cabida en su lugar mas oportuno, puesto que tambien se refiere á las alabanzas de la Virgen. El autor en las notas (pág. 271), disculpa el anacronismo de poner el *Ave Maris Stella* en boca de los Padres del Limbo. Creemos que el autor no necesita de tanta indulgencia.

¿Quién se acerca, quién llega? ¡Cómo crecen  
 Los nítidos fulgores ¡oh María!  
 ¿Qué es lo que ve tu mente? Se estremecen  
 Aquellos justos: póstranse á porffa;  
 Sus ojos cual luceros resplandecen:  
 Mudos yacen de pasmo y de alegría.....  
 Míralo, ya ha llegado:— ¡Hosana, hosana!  
 La voz de ángeles mil repite ufana.  
 ¡Hosana! contestara el firmamento,  
 Y el seno de la mar al tiempo mismo:  
 ¡Hosana, hosana! retumbó en el viento,  
 En el cielo, en la tierra, en el abismo.  
 ¡Gloria al que nos redime! en el momento  
 Gritan aquellos padres. Su heroísmo  
 Bendito sea, y su clemencia pía:  
 ¡Gloria al Hijo de Dios y de María!  
 Es como soles mil y nadie puede  
 Ver de hito en hito el brillo que fulgura:  
 Solo á la tierna Madre se concede  
 Que goce en su ilusion tanta ventura.  
 ¡Dulcísima ilusion! Por ella cede  
 El ánsia horrible de la Virgen pura;  
 Y cual nunca el Tabor lo presenciara,  
 Hé aquí que mira al Hijo cara á cara.  
 ¡Entonces sí que bajan á raudales  
 Consuelos y delicias á su alma!  
 ¡Entonces sí que sus agudos males  
 Encuentran dulce imponderable calma!  
 Entonces sí que espíritus celestiales  
 Le quitan de la mano la áurea palma  
 De mártir, y no ve la Magdalena  
 Ni un señal en su frente de honda pena.  
 En éxtasis de amor la Madre santa  
 Oye luego una voz, la voz aquella  
 Que dice:— ¡La luz sea! y se levanta  
 La luz al punto enardecida y bella:  
 La misma voz que al serafin encanta,  
 La misma voz que los infiernos sella:

¡Venid benditos de mi Padre! Al punto  
 Queda el limbo del cielo hecho un trasunto.  
 Patriarcas y Reyes y Profetas  
 Entonan el cantar que oyó Isaías:  
 ¡Santo! ¡Santo!..... Las Vírgenes discretas  
 Concluyen ¡Santo! en dulces armonías.  
 Los sumos sacerdotes sus navetas  
 Agotan, y entre sacras melodías,  
 Los justos todos y el Señor al frente,  
 Vuelan al almo cielo alegremente.

Joaquin José Cervino

## EL HIMNO DE LOS TRISTES

<i>Coro</i>	Cuanto la vida encierra,
Oh tú, Madre inmaculada	Sacara del no ser,
Que en la célica morada	Fijando en Tí benéfico
Reinas ceñida de luz;	Su prósvida mirada,
Tú de virtud templo santo,	Mansion á Dios sagrada
Dígnate oír nuestro canto	De tí se dignó hacer.
Por el que murió en la Cruz.	<i>Coro</i>
<i>Voz</i>	Salve, etc.
Desde que el hombre mísero	<i>Voz</i>
Sus ojos abre al día,	Cuando el cansado espíritu
Como á su estrella pia	Quiera tender su vuelo,
Te mira en la aficcion;	Su postrimer consuelo
Y cuando llega lúgubre	De tí demandará.
La dolorosa muerte,	Y en fervoroso cántico
Seguro á tí convierte	Dirá con alegría:
Su amante corazón.	«Recíbeme, oh María,
<i>Coro</i>	Libre de penas ya.»
Salve, oh mística paloma,	<i>Coro</i>
Salve, estrella matinal,	No desdeñas al que llora,
Flor de rico aroma,	No rechazas al que implora
Gloria del mortal.	La clemencia de tu amor:
<i>Voz</i>	Que no en balde, oh Virgen, eres
Antes que el Padre Altísimo	Entre todas las mujeres
Los cielos y la tierra	De las madres la mejor.

Antonio Arnao.

## AL REFUGIO DE LOS PECADORES

Almas que en la lid terrible	Decidla que amiga torne
De este mundo seductor	Sus ojos de compasion
Alzais al cielo los ojos,	Á las penas que en mi alma
Guardais puro el corazon;	Fiero enemigo sembró.
Vírgenes que en el martirio,	Pues cual íris que en el cielo
Llenas de divino ardor,	Pinta en la tormenta el sol,
Dísteis el postrer aliento	Es á mi afan su sonrisa,
Del Esposo ante la voz;	Su clemencia á mi dolor.
Arcángeles misteriosos	Ya que quiere el dulce Esposo
Que junto al trono de Dios	Que para los hombrès hoy
Veis la hermosura sin mancha	Brille en la gloria infinita
De la Madre que Él amó;	Con que pródigo la ornó,
Pues que agradable á los cielos	Recordadle cuando estaba
Fué siempre vuestro clamor,	En esta humana afliccion,
Dirigid hasta María	Junto á la cruz en que el Hijo
Mi amante deprecacion.	Madre nuestra la nombró.
Volad, volad y decidle,	Así en piedad rebosando
Aunque á tanto indigno yo,	Su celestial corazon,
Que es su nombre mi esperanza,	Nos amparará en el seno
Que vivo y muero en su amor.	Que Jesus santificó.

Del mismo.

## PLEGARIA DE LAS HIJAS DE MARÍA

María cuya frente	Preste tu excelso manto
Baña la aurora eterna,	Refugio al pecador.
Cual sol resplandeciente,	María poderosa,
Consuelo del mortal;	Reína del cielo y tierra,
Á todo el que te implora	Que huellas victoriosa
Con voz humilde y tierna,	La frente de Luzbel;
Muestra por fin, Señora,	Por Dios que hacerte pudo
La patria celestial.	Vencer en cruda guerra,
María, cuyo seno	Sé del cristiano escudo,
Del Verbo fué morada;	Iman del pecho infiel.
Eden por gracia lleno	Cual siervo de tu nombre
Del mas divino amor:	Lucero de los mares
Pues miras el quebranto	Así se humilla el hombre
Del alma conturbada,	Buscando vida y luz.

Y al fin de polo á polo	Reine doquier tan solo
Del mundo en los altares	La gloria de la Cruz.

Del mismo.

## EVA Y MARÍA

Cuando Jehová, del mundo soberano,  
Sacar los orbes de la nada quiso,  
De su bondad por inefable arcano  
Formó al hombre en celeste paraíso.  
Compañera le dió su santa mano  
Y cuanto á su ventura fué preciso;  
Y Eva y Adan, que juntos se veían,  
En almo Eden con júbilo vivían.  
Su dicha viendo, sierpe tentadora  
Turbarla codició, de envidia llena;  
Y á la mujer sedujo, que en mal hora  
Cual Dios queriendo ser, labró su pena.  
Y la que hermosa fué cual limpia aurora,  
Y tuvo el alma noble al duelo ajena,  
Prevaricando, al punto se convierte  
En sierva del dolor y de la muerte.  
«¿En dónde estás, Adan?» clamó indignado  
El Supremo Hacedor á tal delito,  
Y él se escondió sabiendo su pecado,  
Puesta en su faz la mengua del precito.  
Y en la frente de aquel infortunado  
Con signos invisibles quedó escrito:  
«De vil soberbia tu dolor procede;  
Solo excelsa humildad salvarte puede.»  
Noche de siglos con pesado vuelo  
Pasaron cien y cien generaciones,  
Y sin descanso el hombre ni consuelo  
Víctima fué de rudas aflicciones.  
Abrojos por doquier brotaba el suelo,  
Siervo se vió de impúdicas pasiones,  
Y en tal tiniebla solo en lontananza,  
Lanzaba un rayo el sol de la esperanza.  
Radió, por fin, su luz, ¡Jehová clemente

Quiso cortar tan bárbara pelea  
 Y suscitó una Vírgen inocente,  
 En un modesto hogar de Galilea.  
 Nuncióle Dios un Verbo Omnipotente,  
 Y ella repuso: «¡Cual lo quieres, sea!»  
 Y en el seno de aquella *Inmaculada*  
 El Santo Redentor hizo morada.  
 ¡Oh divina mujer! Por tí el profundo  
 Dolor trocóse en goces inmortales:  
 Si Eva perdió con su soberbia el mundo,  
 Borraste tú con la humildad sus males.  
 Calló el rugido del dragon inmundo,  
 Himnos de paz sonaron celestiales,  
 Y do brotaban cardos punzadores,  
 Fué nuevo Eden de inmarchitables flores.  
 ¿Cómo no amar á Vírgen tan piadosa?  
 ¿Cómo no hacerla iman de nuestra vida,  
 Si es dulce Madre que humilló gloriosa  
 Con su pié la serpiente aborrecida?  
 Madre de Cristo, Inmaculada Esposa,  
 Tú eres estrella siempre apetecida:  
 Y al venir á la vida te invocamos,  
 Y al llegar á la muerte en Tí esperamos.  
 ¿Pedís un nombre excelso? La mirada  
 Volved, y escrito lo vereis doquiera,  
 Y os lo dirá la alondra en la enramada,  
 Y el nardo y el clavel en la pradera:  
 Cántalo el hombre en su mortal morada,  
 Cántalo el ángel en la azul esfera:  
 Mi lábio en repetirlo se gloria.....  
 ¡Oh dulcísimo nombre de María!

Del mismo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO

## PRIMERA PARTE

	Páginas.
PREFACIO. . . . .	I
CAPÍTULO PRIMERO.—El castigo y el consuelo. . . . .	1
CAPÍTULO II.—María la profetisa, hermana de Moisés y Aaron, precursora de la madre de Jesus. . . . .	5
CAPÍTULO III.—Nobleza de la familia de María: su descendencia de David. . . . .	8
CAPÍTULO IV.—El lirio de los valles.—Concepcion inmaculada de María segun la mente de la Sabiduría eterna.—Descripcion profética de la Vírgen María por el rey Salomon. . . . .	10
CAPÍTULO V.—La señal de Isaías.—Vírgen y madre. . . . .	12
CAPÍTULO VI.—Profecía de Micheas.—Designacion del sitio donde la Vírgen habia de dar á luz á su hijo. . . . .	17
CAPÍTULO VII.—La nubecilla de Elías vista desde el Carmelo. . . . .	20
CAPÍTULO VIII.—Las Sibilas.—Tradiciones de varios pueblos orientales acerca de una vírgen corredentora. . . . .	23

## SEGUNDA PARTE

María en la Santa Familia. . . . .	27
CAPÍTULO PRIMERO.—Padres de María. . . . .	29
CAPÍTULO II.—Concepcion inmaculada de María. . . . .	35
CAPÍTULO III.—Nacimiento de la Santísima Vírgen: su nombre. . . . .	42
CAPÍTULO IV.—Presentacion y estancia de la Santísima Vírgen en el templo. . . . .	45

TOMO I

84